

PRIMER PREMIO CATEGORÍA GENERAL

Mar Horno García
(Torredonjimeno, Jaén)

HOSPICIO

Los muchachos vuelven al atardecer dando patadas a las latas. Algunos tienen ya voz de hombre aunque todavía son chiquillos. Ríen socarrones, intentan subir a la tapia de una casa, se empujan, tiran piedras a un zaguán, corren. Los vecinos se apartan con prudencia, ninguno quiere cruzarse en su camino. Dos de ellos tendrán que irse el próximo invierno.

Quizás encuentren un trabajo de bracero. Eso, con suerte. Hay uno que siempre se queda atrás, el más enclenque, de pecho hundido y caminar afanoso. “¡Vamos Rafalito, que pareces el cojitranco del boticario!”, le dicen los otros a voces, aunque sin crueldad. Cuando llegan frente al edificio, ese de ventanas viejas que no cierran, fachada descascarillada y techo con goteras (que más que un refugio es un desamparo), todavía queda luz. El que parece el cabecilla, que ya luce una sombra de bozo, dice que todavía no es la hora y ordena: “vamos detrás”. Se dirigen al patio trasero, lleno de hierba alta y zarpas que los esconden de las miradas indiscretas. Encienden cigarrillos robados y se sientan en el suelo. Algunos tosen al dar la primera calada. El más rubio se atreve a soltarle al enclenque la frase de siempre: “Rafael, cuéntate otra vez la bola, esa de tus viejos, nos irá engañando el hambre”. En los ojos de todos aparece un brillo que antes no estaba. Quizás no sea más que el reflejo del último sol del día en sus pupilas.

Rafael rezonga con la boca chica un “¡cállense ya, pendejos, que si no, les voy a relatar un carajo!”, pero termina contando: - Mi padre tenía una cantina al filo de la pampa de Yalkuma.

Pasaban por allí tipos duros, nómadas que comerciaban con sal, armas y licor. Vestían siempre las mismas ropas sucias y olían a caballo. Cualquiera de ellos te podía vender un pasaje al infierno. Un día que arreglaba las sillas rotas en la última pelea, vio levantarse una polvareda a lo lejos. Lenta como una tortuga se acercaba por el camino una caravana de carretas destartaladas y grandes jaulas con ruedas. “Farándula de los prodigios”, rezaba en un lateral de la que encabezaba la marcha. ¡Y qué prodigios salieron de los carromatos, ni imaginarse puede! Engendros de todo pelaje. El que parecía el patrón le pidió agua y paja para las bestias, comida y vino para su gente, pero todos parecían lo mismo: león que mujer barbuda, foca que niño-alga, elefante que siamesas, cebra que hombre cíclope. Hasta que bajó de una catanga la Mujer Serpiente. Tenía unas escamas que brillaban como la luna llena, unos ojos que te hacían soñar con el paraíso, una lengua que sabía hablar mil idiomas prohibidos y una cola cuyos cascabeles producían música divina. Mi padre se rindió nada más verla. Y cuando toda la comparsa se fue al atardecer arrastrando su pesada soledad de marginados, ella se quedó. Pasaron años felices hasta que unos rufianes la descubrieron, la arrastraron hasta la lonja dispuestos a todo y mi padre no dudó en matarlos. Después tuvieron que huir por la llanura pero los guardias terminaron alcanzándolos tras dos jornadas de persecución. Él disparó sin racanería. Ella mordió rápida. En fin, murieron como valientes, defendiendo su querer. A mí me encontraron en un hatillo, enganchado a una de las mulas, berreando. Y me trajeron aquí. Es la purica verdad, lo juro. Entonces el más gordo se enfada. Le insulta y se le abalanza porque la semana pasada contó que el padre era farero y la madre una hidra. Pero los otros le dan codazos al gordo para que se calle y se quedan un rato en silencio. El último cigarro consumiéndose entre los dedos. Ninguno quiere levantarse a pesar de que tocan a rancho. Por fin se sacuden el polvo y ríen la gracia del que pregunta por el tamaño del busto de la serpiente. Rafael les escupe una grosería con su lengua extrañamente bífida. Mientras, se ha hecho de noche. Todo se lo come una oscuridad densa y sofocante de mediados de verano. Se traga sus figuras cuando se alejan lentamente hacia el edificio. No queda más que la luz triste de las ventanas del hospicio sobre el mundo.